



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.
D. Tirso de Olazábal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
D. Gabriel J. Llompert.
D. Carlos Cruz Rodríguez.
D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Faire

Gloria

Carlos

DOÑA MARÍA BEATRIZ

(Continuación.)

El heredero del trono, Francisco, habíase ya casado, antes de cumplir el año de la muerte de su madre, con la Princesa Adelgunda de Baviera, hija del Rey Luis I, matrimonio ideado por el Archiduque Maximiliano, que llevó á su sobrino á un viaje por el Rhin y por Holanda, haciéndole detenerse al regreso en Munich para que conociese á la Princesa. Agradáronse mutuamente los dos jóvenes, y el matrimonio se verificó en la Corte de Baviera el 30 de marzo de 1841, partiendo enseguida para Módena.

La Archiduquesa Adelgunda, que se ganó el corazón de todos por su bondad, fué desde los primeros momentos una hermana cariñosísima para Doña María Beatriz, compitiendo en ternura con la hermana primogénita María Teresa, que llevando á nuestra biografiada casi siete años de edad, hizo con ella las veces de madre hasta su matrimonio con Enrique V.

Este se verificó en gran secreto y con suma precipitación; pues solicitada la mano de la novia en octubre de 1846, el enlace tuvo lugar á principios de noviembre, por poderes, delante de toda la Corte de Módena, representando á Enrique V el Duque de Levis, que con su señora y la Condesa de Chabannes acompañó en seguida á la joven esposa hasta Bruck, donde la esperaba el Conde de Chambord. Allí se ratificó el matrimonio en la iglesia, y los cónyuges partieron inmediatamente en coche para Frohsdorf, conociéndose apenas, pues sólo se habían visto dos veces, una en el Cattayo y otra en Venecia. Hubo tanta reserva y tal premura en las negociaciones, para evitar las intrigas de Luis Felipe que, vivamente interesado en que Enrique V no tuviese descendencia, se oponía, por medio de sus agentes diplomáticos, á cualquier combinación matrimonial.

El enlace de Doña María Beatriz tuvo lugar muy pocos meses después, el 6 de febrero de 1847; pero estaba convenido mucho tiempo antes, en vida aún de su augusto padre, quien dió el consenso para él el día de Navidad de 1845, y en el lecho de muerte recomendó á su hijo y heredero aquella alianza.

Notoria es la conducta, más que paternal, puede decirse, observada por Francisco IV con los miguelistas y carlistas. Centenares de emigrados españoles y portugueses fueron mantenidos por él años enteros, y tanto Carlos V como Don Miguel I debieron á su generosidad y á su veneración por el principio legitimista cuantiosas sumas. Don Miguel fué regiamente recibido por el soberano en el Cattayo y en Módena, y en el primero de estos sitios se presentó también el año 1835 la entonces Princesa de Beyra, viuda de Don Pedro, infanta de España, con su hijo Don Sebastián, su nuera Doña Amalia y sus tres sobrinos Carlos, Juan y Fernando, hijos de Carlos V. La Princesa de Beyra salió del Cattayo para Salzburgo, y allí permaneció hasta su partida para casarse con su cuñado en las Provincias Vascongadas, llevando consigo á España

á su sobrino primogénito. Los otros dos hermanos de éste, confiados al noble mallorquín Don Juan Dameto, viajaron con él por Nápoles y Roma hasta fines de 1841, época en que se fijaron en Módena por espacio de un año, partiendo á la expiración de éste para Turín é ingresando en el ejército de Carlos Alberto. Allí fueron ascendiendo grado por grado hasta el de Coronel, dejando Don Juan el servicio militar á principios de 1847, cuando partió para Módena en vísperas de su matrimonio, y Don Fernando en 1848, cuando estalló la guerra contra Austria, en la cual no quiso tomar parte.

Don Juan llegó á Módena una semana antes del matrimonio. Este se verificó en la iglesia, teniendo lugar, después de la ceremonia religiosa, gran recepción en Palacio y fiestas públicas, á las que asistieron Carlos V y su esposa, el infante Don Fernando y los dos tíos y dos hermanos de Doña María Beatriz. Esta fué conducida al altar por su cuñada la Archiduquesa Adelgunda, y pocos días después partió con su marido para Venecia, alojándose interinamente en el palacio Giustiniani (donde años más tarde falleció la Duquesa de Parma, madre de Doña Margarita) y después definitivamente en el palacio Rezzónico, arreglado por Francisco V para los jóvenes esposos, que contaban á la sazón veinticinco y veintitrés años de edad, respectivamente.

Es de advertir que cinco años antes de la boda, Doña María Beatriz había sido víctima de una cura equivocada, cuyos resultados fueron la paralización del nervio acústico y la consiguiente sordera, producida por extemporáneas duchas frías á la cabeza, ordenadas por el Dr. Stofella, de Viena.

Para reparar si era posible el mal, Don Juan condujo á su joven esposa á las aguas de Marienbad en el verano que siguió á su enlace; pero la cura tuvo que suspenderse, y al regresar á Viena cayó Don Juan gravísimamente enfermo, al mismo tiempo, por rara coincidencia, que debía celebrarse en Schonbrunn el matrimonio del Archiduque Fernando con la Archiduquesa Isabel, hija del Palatino de Hungría y famosa por su belleza (la actual Archiduquesa Isabel, madre que fué después de Doña Cristina, habida en un segundo matrimonio).

El Archiduque Fernando apremiaba mucho por tener al lado suyo en aquel día solemne á su hermana predilecta; pero ésta se hallaba retenida á la cabecera de su marido moribundo, que día y noche reclamaba su presencia. Limitóse, pues, á presenciar de incógnito desde una tribuna la bendición nupcial, y absteniéndose de tomar parte en los festejos y en la comida de Corte, regresó á la cámara del enfermo.

Restablecido éste, volvieron á Venecia, donde también habían ido á instalarse en su palacio Caralli los Condes de Chambord.

El séquito de Don Juan y Doña María Beatriz estaba compuesto de la Condesa Lucrecia Salis, dama, y de los hermanos D. Juan y D. Ignacio Dameto, gentileshombres. También hay que mencionar al P. Benedictino de Montserrat, D. Luis Cerveró, confesor de

Don Juan, el cual, así como los hermanos Dameto, llevaba largos años al lado del Príncipe. El mayordomo de la casa se llamaba Jacinto Manín, y el ayuda de cámara de Don Juan, Perales.

Con los principios del año 1848 coincidió la aparición de los primeros síntomas de la gran revolución que en aquella época hizo estremecer á todos los Estados de Europa, y por Venecia empezaban á circular figuras patibularias, llegadas no se sabe de dónde, que inspiraban invencible terror.

Doña María Beatriz hallábase en el último mes de su embarazo, y careciendo de jardín el palacio Rezzónico, decidió dar grandes paseos en el Lido, lugar solitario en el invierno. Demasiado solitario; pues una tarde, paseando por la orilla del mar Don Juan y Doña Beatriz, se vieron perseguidos por una turba de aquellos facinerosos, logrando á duras penas ganar la góndola y ponerse en salvo.

Pocas noches después asistían á la ópera en el teatro de la Fenice, en un palco próximo al ocupado por los Condes de Chambord, cuando el público, amotinado, prorrumpió en gritos subversivos, oponiéndose á que continuase la representación y exigiendo que se evacuaran todas las localidades.

Las dos hermanas se hicieron seña de no ceder á la fuerza, y corridos los cerrojos de los palcos respectivos, permanecieron en el teatro hasta el final de la pieza, cantando los actores el último acto exclusivamente para los dos augustos matrimonios, pues ni un solo espectador se había atrevido á quedar en la sala.

Al día siguiente, gran tumulto en la plaza de San Marcos, siendo asaltado á pedradas desde los tejados de las casas el retén del Palacio Ducal.

Los motines continuaron revistiendo mayor gravedad cada día, hasta que una tarde los huéspedes del palacio Rezzónico vieron pasar delante de sus ventanas una barca, en el centro de la cual, y chorreando sangre, se levantaba clavada en la punta de un palo la cabeza de un jefe de la marina austriaca, llamado Marovich, dalmata, persona excelente, que por caso raro, dos ó tres días, en un convite de la Duquesa de Berry, había ocupado en la comida el asiento al lado de Doña María Beatriz.

Fácil es imaginar el horror de esta augusta señora, que dispuso embarcarse aquella misma noche para Trieste, cruzando en seguida, con su marido, el canal grande para ir al palacio Caralli, en medio de las vivas á la República, que acababa de ser proclamada.

En el palacio Caralli apremiaron vivamente á los Condes de Chambord para que los acompañaran; pero Enrique V se negó á acceder á sus instancias, alegando que le era imposible partir tan de prisa, pues necesitaba tiempo para embalar todos sus efectos.

Partieron, pues, solos la noche del 24 al 25 de marzo, llamándoles la atención en el puente del buque dos personajes sentados en un banco y que al parecer iban custodiados, los cuales, como si temieran ser reconocidos, procuraban ocultar el rostro con sendos gorros encasquetados hasta los ojos y los cuellos de los gabanes levantados. Eran, en efecto, dos prisione-

ros de Estado, el gobernador civil, conde Palfi, y el comandante militar de la plaza, conde Zichy, que, poseídos de pánico, no tomaron medidas contra la revolución, dejando abandonada Venecia al populacho, por cuyo delito fueron encerrados en la fortaleza del Spielberg.

A mitad de la travesía estalló un motín á bordo del vapor del Lloyd, exigiendo los viajeros italianos que el capitán abordase, no á Trieste, sino á Pola, ciudad entonces abierta y sin el arsenal que hoy posee. Pero el capitán no se dejó amedrentar, y los condujo á Trieste.

Allí, después de un breve descanso, procuráronse los Príncipes los únicos coches que había disponibles en la ciudad, y que eran pésimos, y tomaron la ruta de Viena por una carretera abominable, llena de baches y obstáculos, sufriendo tanto de las horribles sacudidas que al llegar á Lubiana (Laybach para los austriacos) decidieron tomar algún reposo.

Acostóse la Archiduquesa, y acometida de dolores aquella noche misma, dió á luz á las seis y media de la mañana del día siguiente á Don Carlos, un mes antes de lo que esperaba.

Carlos V y Doña María Teresa, que debían ser los padrinos, hallábanse á la sazón en Génova, y desde aquel punto habían expedido á su nuera una canastilla, pero en aquel tiempo de guerra y revoluciones incesantes, fué rodando de depósitos en depósitos, y no llegó á su destino hasta largos años después, cuando era ya innecesaria, no sólo para el recién nacido sino hasta para su hermano menor el Infante Don Alfonso que contaba cuando llegó, dos años de edad.

Doña María Beatriz disponía únicamente para vestir á su hijo de algunas fajas y gorras enviadas al Palacio Rezzónico á última hora, en el momento del embarque por una compasiva vecina suya, inglesa, que tenía una hija pequeña, pero eran tan pocas que sólo bastaban para los primeros momentos. Faltaba también la cuna, y como está prohibido guardar á los niños pequeños en la cama con personas mayores, Doña María Beatriz puso al recién nacido atravesado á los pies de su lecho, encima de las ropas, pues ninguna ayuda podía esperar de su servidumbre, en razón á que las dos doncellas que la acompañaban desde Venecia cayeron tan gravemente enfermas de los sustos y fatigas del viaje que fué preciso administrarles el Viático y la Extrema Unción, y para reemplazarlas sólo se encontró una aldeanita de poquísimos años, casi niña, tan poco acostumbrada al servicio que ni siquiera sabía sostener una criatura en brazos.

La Providencia se encargó de poner remedio á todo. La Condesa Auersberg, que tenía una hija de un año de edad, envió la cuna de esta á la Archiduquesa. Aquella niña es hoy esposa del Barón Kuberck, Gobernador de Graz. Pocos días más tarde llegó de Viena una lujosa canastilla, regalo de la Archiduquesa Sofía, madre del Emperador Francisco José, la cual la había usado para el más pequeño de sus hijos, el Archiduque Luis Víctor.

Apenas nacido el Príncipe, su augusto padre había

ido a preguntar al Obispo, si tendría la bondad de bautizarle sin pérdida de tiempo, y accediendo el Prelado a su deseo, se trasladó en el acto a la fonda, y el bautizo tuvo lugar en la estancia contigua a la de la Archiduquesa, dos horas después del nacimiento.

Acababa de partir el Prelado cuando llegó a Lubiana la Condesa de Chambord, y mientras relevaban los caballos oyó decir que en la misma fonda de la posta se hallaba una Princesa recién parida.

—Seguramente que es mi hermana—exclamó. Y subiendo precipitadamente las escaleras entró en la es-

tancia de Doña Beatriz, que daba el pecho a su hijo.

Inmensa fué la alegría de las dos hermanas, y grande el interés con que la más joven escuchó de labios de la primogénita el relato de su odisea.

Cuando los Condes de Chambord habían querido salir de Venecia, a la mañana siguiente del día en que partieron Don Juan y Doña María Beatriz, un cañon apuntado contra la puerta principal de su palacio les cerraba el paso, y parecía darles el alto con muda pero expresiva elocuencia.

Comprendiendo que no había tiempo que perder,



Don Ignacio Wils.

salieron a pie por una puerta excusada, que daba a una calleja, y no se detuvieron hasta encontrar una barca de pescadores a cuyo bordo se refugiaron. Los tripulantes eran gente honrada y compasiva, y consintieron en conducirlos a Trieste, pero la travesía, que, naturalmente, se hizo a vela, duró cinco días, que los Príncipes pasaron por fuerza al aire libre, sin nada para resguardarse de la intemperie, alimentándose exclusivamente de peces. Detuviéronse una hora en Lubiana y después prosiguieron el viaje para Frohsdorf.

Don Juan y Doña María Beatriz permanecieron allí un mes, hasta que la marea creciente de la revolución llegó a invadir aquel pacífico lugar, y principiaron los tumultos en la calle y las pedreas a sus ventanas. Entonces resolvieron partir para Londres, donde residían

los otros dos hijos de Carlos V, y verificaron el largo trayecto solos; pues la Condesa Salis, Dama de la Archiduquesa, habiendo recibido aviso de que su madre se hallaba agonizando en Suiza, tuvo que abandonarlos, y las dos criadas continuaban todavía de gravedad y en la cama.

Todo su séquito se reducía, pues, a la mujer de Perales, óptima persona que Doña María Beatriz estimaba mucho, pero que no la inspiraba confianza para cuidar niños, pues sabía que de 21 hijos que había tenido sólo la quedaban cinco, habiendo muerto todos los otros de temprana edad.

La Archiduquesa se decidió por lo tanto a viajar con su hijo en brazos, y como el largo trayecto hasta Viena no podía hacerse más que en coches pequeños

y mal acondicionados, sin sitio para equipajes voluminosos, Don Juan exigió que se sacrificasen éstos, y la mayor parte del bellissimo ajuar de boda fué regalado á las dos criadas enfermas, que probablemente se desharían después de él por un precio irrisorio.

Llegaron á Viena en lo más férvido de la revolución, cuando SS. MM. habían tenido que huir á Insbruck, y el ministro Latour había sido sentenciado á muerte de horca por el populacho, balanceándose su cuerpo colgado de un farol del alumbrado público.

En Viena ya principiaba el ferrocarril, y lo tomaron

de noche, con gran temor de que los amotinados reconocieran en la fugitiva á un miembro de la familia imperial. Nadie, por fortuna, paró atención en los viajeros; pero el desorden era tan grande, que en los trenes se olvidaron de encender luces, y como Doña María Beatriz, fatigadísima con la dulce, pero pesada carga de su hijo, le depositó un momento en los asientos del wagón; la mujer de Perales, al salir á oscuras, cargada con las maletas, arrojó éstas encima de la criatura, que todos creyeron aplastada por el peso. El tren rompió á marchar en el mismo instante, y aunque el niño



Don José M.^a de Orbe, actual Marqués de Valde-Espina.

se quejaba con grandes lamentos, hasta la primera estación no fué posible reconocerle. Gracias á Dios no reportó lesión ninguna, si bien sufrió y lloró mucho todo el camino, teniendo la infeliz Madre por todo consuelo las lamentaciones de la pobre criada, que repetía sin cesar: «Este niño se muere.»

En Dresde idéntico espectáculo al de Viena. La revolución triunfante y la Familia Real huída. Cruzaron, pues, el reino de Sajonia sin detenerse, y en Hannover se encontraron con las mismas escenas, cruzándose al entrar en la capital con la larga fila de coches en que la Familia Real emigraba.

Al fin lograron el primer respiro de aquel largo viacrucis al llegar á Bruselas, donde todo estaba tranquilo, esperándolos en la estación el conde de Montemolín, y reuniéndose poco después con ellos el Infante

D. Fernando, llegado, lo mismo que su hermano, de Londres, pues al ver al Piamonte, en cuyo ejército servía, tomar las armas contra el Austria, se presentó noblemente á Carlos Alberto, y le pidió permiso para retirarse á Inglaterra y salir del ejército, manifestando su imposibilidad de batirse contra el Emperador, que mantenía á su familia hacía tanto tiempo.

(Continuará).

TENTATIVA FRUSTRADA

SON tantos los incidentes que pueden contribuir al triunfo ó á la derrota de un ejército, que un descuido muchas veces ha causado la ruina, desbaratando el plan más hábilmente concebido, y

desacreditando al caudillo que aprisionaba ya en sus manos el laurel de la victoria.

Generalmente en el ejército carlista, antes que el enemigo pensase en ejecutar una hábil maniobra, ya nuestros generales habían previsto el caso, y se adelantaban, y como *el que pega primero, pega dos veces*, á esto se debe en gran parte nuestros triunfos, que, humanamente, no veíamos hasta después de conseguidos, dada la desproporción de fuerzas, y elementos de combate.

Pretendió Loma verificar un desembarque en Plencia, con objeto de desembarazar la vía, y á la vez entrar en Bilbao por camino menos escabroso, que el que ofrecían las trincheras de Abanto y Santa Juliana al grueso del ejército.

Corría el mes de Marzo del 74, y eligiendo la ría de Plencia, se presentó el buque de guerra «Isabel II», seguido de varios mercantes llenos de tropa, calculándose en 10 ó 12.000 hombres, pues ni Loma había de mandar menos, ni menos podían atravesar el extenso territorio que los separaba de Bilbao, y romper después el cerco de los 7 batallones carlistas.

El General Dorregaray había encargado la defensa de la costa por aquella parte al brigadier Patero, y éste tenía á sus órdenes al teniente coronel D. Leonardo Garrido y López que, con 400 hombres, vizcainos y gipuzcoanos, había de ser el verdadero defensor de la extensa línea de costa que abrazaba desde Algorta á Bermeo.

Es el Sr. Garrido un verdadero militar; procedente del ejército republicano, se pasó al carlista de los primeros; se tenía en él gran confianza como perito en el arte de la guerra, y contaba con valor rayano en temeridad; también le favorecía para hacer mucho en defensa de la costa haber servido en artillería: al confiarle esta operación se tenía por seguro fuese deshecho el plan de Loma.

Apreciando el terreno, y reflexionando que de un pequeño hecho de armas pendía la suerte de nuestras operaciones en Somorrostro, fortificó los altos cercanos á la ensenada, Arruna, Ascorri, Arriatada, Azpirivi 5 hombres, Vinacoz, 100 ídem, Plencia, 126, Arminzar, 40, Barasorta, Baquio, 24, Machichaco, 14, y en Bermeo 92. Así preparado, el 25 de Marzo se avista la escuadra enemiga, compuesta del referido vapor «Isabel II», varias lanchas cañoneras, y tres vapores mercantes de alto bordo, cargados de tropa.

El Sr. Garrido, que tenía lista su fuerza en los distintos puntos donde pudiera hacerse el desembarco, y con orden de replegarla sobre el punto atacado, sigue por la costa en marcha paralela á la escuadra, para caer con rapidez sobre el punto amenazado.

Entra el vapor «Isabel II» en la ría, y al momento se rompe el fuego; á poco aparecen gran número de lanchas con tropa de desembarco, que venían de la pequeña ensenada, bajo el alto de Astondo (inmediato á la boca de la ría), se rompe el fuego contra éstas, y son rechazados hasta cuatro veces.

El Sr. Garrido, que vigila atento los movimientos del enemigo, manda media compañía á las órdenes de

un teniente con la de romper el fuego contra las tropas que llenaban los vapores mercantes allí ocultos, se cumple esta orden, y entonces ordena el Teniente Coronel al grueso de las fuerzas hacer fuego á los vapores, que se retiran al instante, quedando el vapor «Isabel II» sosteniendo la fuga hasta que por último desaparece.

Este hecho de guerra, sencillo en sí, evitó un ataque á Bilbao, que nuestros siete batallones no hubieran podido sostener, contando con que la guarnición hubiera hecho una salida en combinación con Loma: una vez cogida la plaza, sobraba Somorrostro, y nos quedábamos sin la victoria, que otro día se consiguió sobre el ejército de Serrano, victoria que tanta resonancia tuvo en toda Europa, y en la que cayó herido el vencedor de Plencia, al tomar parte en batalla tan memorable como gloriosa.

¡Llor eterno á los ancianos animosos que nos enseñan como se combate y vence, y merezcamos nosotros reverdecer algún día los laureles conquistados en los baluartes de la Seo, como en las trincheras de Somorrostro, y sobre los muros de Cuenca!

CARLOS CRUZ RODRÍGUEZ.

Sevilla, Junio de 1891.

EFEMÉRIDES DE CAMPAÑA

BATALLA DE VILLAVERDE DE TRUCIOS

(Conclusión.)

Somorrostro y Durango, cubriendo el centro y ala derecha carlista, dan una prueba palpable de lo que vale el valor y la disciplina. Comprendiendo sus jefes la necesidad de economizar municiones, ordenan que no se dispare un solo tiro hasta que el enemigo se encuentre á corta distancia para hacer más fácil blanco. Los voluntarios han aprovechado todos los accidentes del terreno para cubrirse, y escasamente se distinguen en el monte algunas individualidades que pertenecen á las personas de los Jefes y Oficiales. Las masas liberales avanzan en correcta formación, pues el terreno se presta á ello; protégelas su caballería; pero la batería de Arcenales les hace blanco de sus fuegos, y se ve obligada á resguardarse detrás de una pequeña colina.

La distancia que separa á ambos ejércitos es corta, y parece más próxima desde el arbolar, donde presencia la acción. A un punto de corneta levántanse como movidos por un resorte los dos batallones; transcurren contados segundos, y suena una descarga cerrada, seguida de otra, tan pronto como se ha disipado el humo de la primera. El enemigo retrocede, y cubiertas sus filas vuelve varias veces á la carga para ser recibido y retroceder de la misma manera. El movimiento es tan uniforme por ambos lados, que más parece se trata de un simulacro que de una función verdadera de guerra.

Cada descarga es celebrada con formidables hurras

y vivas por los aldeanos, á quienes la curiosidad ha llevado á los picos de los montes.

Acaban de dar las tres de la tarde; así lo canta el reloj, y lo canta también mi vacío estómago.

Síguese por aquella parte un interregno de media hora, que aprovecha el ejército liberal para aumentar sus fuerzas de ataque con dos batallones, con cuyo auxilio extiende su línea y avanza con un fuego muy bien sostenido. Veo moverse á sus oficiales, correr de un lado para otro, dar órdenes é imprimir al avance un orden rigurosamente táctico, y un deber de imparcialidad me obliga á transcribir en mis apuntes la siguiente nota: «Tres y media tarde, enemigo reforzado, vigoroso avance, oficiales enemigos valor é inteligencia.»

Seis piezas enemigas de artillería han operado un cambio de frente, y auxilian á sus fuerzas con un continuo cañoneo.

«Muy bien por Durango y Somorrostro», dicen mis apuntes; han comprendido el movimiento y extienden también su línea de defensa; distingo perfectamente dos compañías que avanzan en descubierto y á buen paso por el flanco derecho, y desaparecen en un recodo del sendero, después de haber sido saludadas por el enemigo con algunos cañonazos. Los dos batallones reciben con una serie de descargas cerradas al enemigo, que vacila un instante; pero animado por los Oficiales sostiene un fuego graneado.

Este momento coincide con la llegada de municiones al arbol, por lo que se generaliza el fuego en toda la línea. El humo impide ver los movimientos del ejército liberal; solamente la trepidación de la fusilería me indica la tenacidad de la lucha.

Supongo que el enemigo ha hecho entrar en acción todas sus fuerzas, salvo aquellas que las reglas estratégicas aconsejan guardar de reserva; por nuestro lado, la necesidad prohíbe este *lujo*, y no contamos con más retaguardia que el acreditado valor de los voluntarios.

Continúan los vivas y el entusiasmo; es imposible que Villegas no crea habérselas con todo el ejército prusiano. La idea es exagerada; pero así la encuentro en mis apuntes y las transcribo.

En esta media hora hemos tenido más bajas que en todo el resto del día; entre ellas se cuenta como herido el Oficial D. Basilio Ugarte.

El Teniente coronel de Guernica, D. Manuel Rodríguez y López, y el Comandante de Guías de Vizcaya, D. Francisco Martínez Galván, conferencian brevemente. Créese haberse oído nutrido tiroteo en la ermita de San Roque, y ambos convienen en cerciorarse del hecho, que sería gravísimo, para transmitirlo al General.

A las seis y media de la tarde empiezan á retirarse las huestes liberales con todo orden y por escalones, sin haber conseguido tomar una sola posición, á pesar de su valor.

Somorrostro y Durango bajan al llano á picar la retaguardia; Guías de Vizcaya y cántabros ocupan todo el frente del arbol, y Guernica recibe orden de posesionarse á la carrera de los montes de la Casilla.

Desde este momento, sin dejar de ser actor en la escena, relato como testigo de referencia; no me es factible hacer otra cosa, ocupado en seguir el paso ligero de mi batallón, pues mi asistente ha tenido la fatal ocurrencia de guardar mi caballo en el lejano barrio de Górgotas.

Durante este movimiento se desarrolla la escena principal de la batalla. Un corneta de los cántabros, sin previa orden, toca paso de ataque, y éstos, obedientes, sin mirar su exiguo número, descienden del monte, atraviesan el llano y llegan hasta la carretera, cortando al enemigo y al general Villegas; avanzan hasta la artillería y entablan una lucha á arma blanca con los artilleros, apoderándose de una pieza de montaña. Villegas se ve obligado á defender su artillería y á abrirse paso cargando con su escolta y cuarteles generales. La carga produce algunas bajas en los cántabros, prueba fehaciente de su valor y de la imprudencia del general Villegas en abandonarse al frente del enemigo sin fuerza ninguna que le defienda. Resulta herido en este lance el Sr. Dimas del Hoyo, ayudante del general Villegas, y el capitán de los cántabros Sr. Benavente, que se finge el muerto, lo que no impide sea acuchillado inhumanamente por el ejército liberal en su retirada (1).

Los Guías intentan cargar con los cántabros; pero se opone á ello su comandante, ateniéndose al estricto cumplimiento de órdenes recibidas, y se concreta á avanzar todo lo posible sin abandonar la posición.

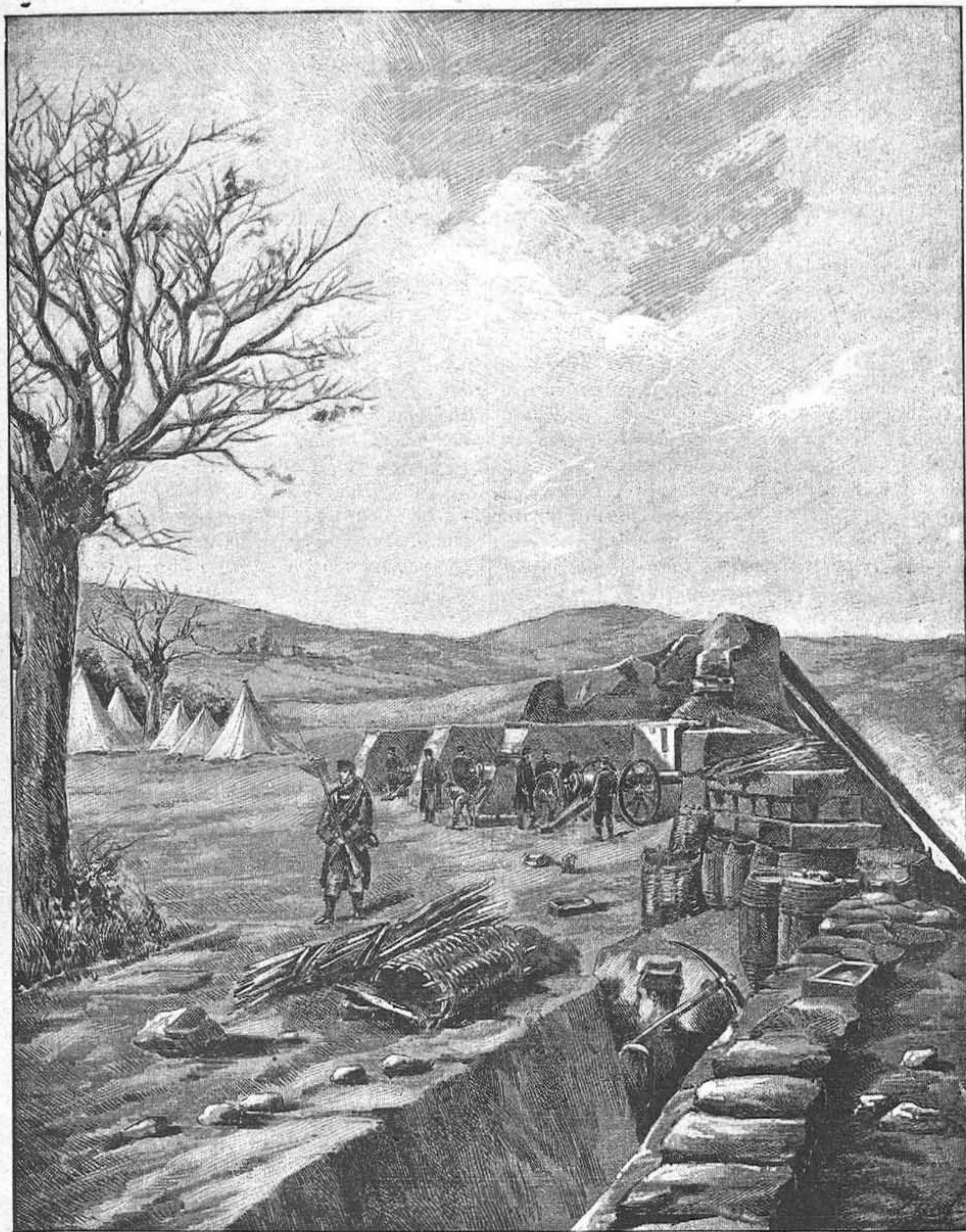
Somorrostro y Durango han debido ver este incidente, pues se acentúa su movimiento de avance y aumentan sus fuegos; pero la escena ocurre en menos tiempo del invertido en describirla, y sus esfuerzos resultan infructuosos por la falta de unidad de acción, aunque gracias á ellos y al avance de los Guías, se obtiene por lo menos el resultado de que los cántabros no sean fusilados impunemente en su retirada.

Momentos hay en que entra el desorden en la retaguardia liberal, acosada tenazmente por los dos batallones; pero sus considerables masas le permiten rehacerse fácilmente. La artillería liberal ha enmudecido, lo mismo que la batería carlista de Arcentales, que sin duda no ve lo bastante para apuntar; pero en cambio la del arbol tira con verdadero furor.

Y vuelvo á narrar como testigo presencial.

Guernica, que ha dejado en su precipitada marcha una hilera de rezagados, llega á la falda de la Casilla, que el enemigo ha tenido la previsión de ocupar fuertemente, lo mismo que la garganta por donde atraviesa la carretera y las faldas colindantes de Fuente Fría, para asegurar y proteger su retirada. Llegan las otras fuerzas, y á pesar de que la noche ha cerrado, se empeña nutrido tiroteo, que produce el efecto de una función pirotécnica, que termina por la retirada del enemigo al Buen Suceso y la de los carlistas á las primitivas posiciones ocupadas durante la acción.

(1) En deplorable estado fué conducido al hospital de Balmaseda con pocas esperanzas de vida; daba verdadero horror ver su cuerpo cubierto de heridas; sin embargo, curó.



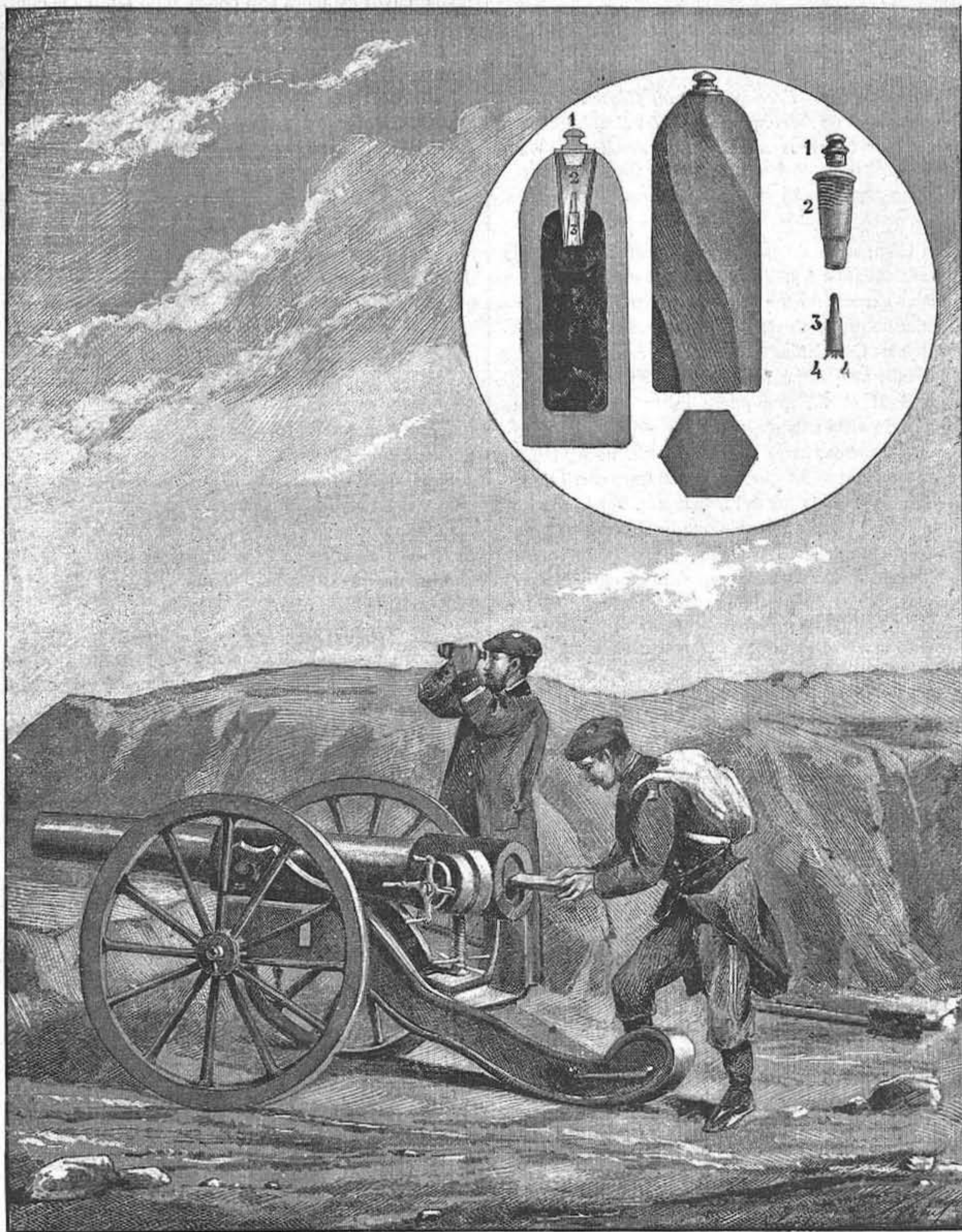
Febrero de 1875.—Trincheras en Monte-Esquinza.

Acampadas las fuerzas, visito á algunos Oficiales para cambiar impresiones y adquirir datos de las bajas sufridas; según ellos, resultan las bajas de los carlistas unas sesenta, con inclusión de ocho heridos del batallón cántabro, hechos prisioneros por el enemigo, sin

que me sea fácil saber las sufridas por éste, que presumo mucho mayores (1).

Terminada la acción, el General Carasa mostró gran

(1) Cerca de 400 bajas contaron ambos combatientes.—Pirala, *Historia contemporánea*.



Cañón Whitworth.

empeño en conocer al corneta que tocó paso de ataque; interrogado, contestó que nadie le dió orden de tocar, pero que como todos gritaban «á la bayoneta», creyó de su deber el tocar.

El Rey tuvo á bien felicitar por telégrafo á los Jefes,

Oficiales y voluntarios por su valor, concediendo al General D. Fulgencio Carasa el título de Conde de Villaverde de Trucios.

T. DE M.

DOCUMENTOS DE LA GUERRA

SECRETARÍA DE ESTADO

Y DEL DESPACHO DE HACIENDA

Circular á los Sres. Presidentes de los Consejos de Administración de ferrocarriles, y á los Sres. Presidentes de las Cámaras de Comercio de España y del Extranjero.

(Conclusión.)

Las Compañías de caminos de hierro, y me dirijo particularmente á aquellas que se han establecido con capitales extranjeros en su mayor parte, deben permanecer neutrales en tiempo de guerra civil. Esperamos que las Compañías tomarán en consideración para el porvenir nuestra manera de ver este asunto. Sin embargo, S. M. el R., que quiere mirar siempre desde el punto de vista más elevado y generoso, seguirá teniendo en cuenta, hasta cierto punto, la necesidad en que se encuentran los empleados del ferrocarril de sufrir algunas veces la ley del más fuerte. Por lo que respecta al pasado, es innegable que las autoridades reales no han empleado jamás medidas de rigor contra las Compañías ó contra los empleados sin órdenes previas y sin la seguridad de que estas órdenes habían llegado á su conocimiento.

Por lo demás, S. M. no ha hecho en esta guerra sino lo que se hizo con más extremado rigor en la guerra de separación de los Estados Unidos, con la diferencia de que S. M. se ha apresurado á mostrar su adhesión á la neutralidad de las vías férreas cada vez que ha sido aceptada previamente por el Gobierno alfonso.

En virtud de este mismo principio circulaban los ferrocarriles de Cataluña, gracias á estipulaciones firmadas por los generales D. Rafael Tristany y Martínez Campos, generales en jefe respectivamente de los ejércitos Real y alfonso en aquel Principado, estipulaciones observadas con toda exactitud.

Dentro de algunos días va á inaugurarse en territorio carlista una nueva línea entre Barcelona y Vich. A más de esto, tres ó cuatro mil obreros trabajan actualmente, bajo la protección de las autoridades carlistas, en la construcción del camino de hierro de Gerona á la frontera francesa de los Pirineos Orientales.

Esto sentado, me atrevo á preguntar, señor Presidente: ¿De parte de quién están la mala fé y el abuso de las necesidades de la guerra, y de parte de quién la humanidad y la protección al comercio y á la industria?

¿Cómo se comprende que el Gobierno alfonso autorice en Cataluña lo que impide en las provincias Vascongadas? ¿Cómo se comprende, sobre todo, que después de haber empeñado su palabra la viole?

Pero volvamos á la conducta observada por S. M. el R. en lo relativo á la circulación del ferrocarril del Norte. S. M. tenía vivísimos deseos de dar al comercio y á la industria en general una prueba eficaz de su protección, y particularmente á Francia, á pesar de la

creciente hostilidad de su Gobierno; á esa nación hermana, cuyos capitales han contribuido tanto á la construcción del ferrocarril del Norte y al desarrollo de las vías férreas en España.

S. M. anhelaba ver que renacía el trabajo en las manufacturas y se frecuentaban, como en tiempo de paz, los establecimientos termales y de baños marítimos, porque los trabajos fecundos de la paz no hubiesen hecho competencia á los de la guerra. Quería, en fin, que cesase este nuevo bloqueo continental que aflige á España por debilidad de las potencias extranjeras, que se han apresurado, excepto Rusia, á reconocer todos los Gobiernos de hecho instalados sucesivamente en Madrid, atizando de este modo el fuego de las revoluciones.

Los próximos trastornos les probarán su imprevisión política, y esas potencias que para excusarse declaran que proceden en interés de la paz, reconocerán, aunque tarde, que han provocado la guerra por su retraimiento egoísta.

S. M. quería favorecer la importación, la exportación y el tránsito internacional.

Quería abrir sus Estados á todo el mundo, y permitir, á los amigos como á los enemigos de la legitimidad, que contrastasen la calumnia y la mentira con la evidencia de los hechos.

Y así hubieran asistido á estas juntas generales, reunidas con arreglo á fuero, donde hace siglos está resuelto el problema de la descentralización;

Hubieran admirado á este ejército, cuyo valor conocen tiempo há, disciplinado y provisto de fusiles de aguja, como Berdan reformado y Remington;

Una artillería compuesta de cañones Withworth, Wolwich, Vavasseur y Krupp, sin contar los cogidos al enemigo ó fundidos en la Maestranza de Azpeitia;

Un servicio de correos y telégrafos que llega hasta las últimas aldeas y nos pone en veinticuatro horas en comunicación con París y Londres;

El camino de hierro restablecido, para los usos de la guerra, en la parte de la línea ocupada por nuestras fuerzas entre Andoaín y Salvatierra;

Una Universidad católica en Oñate;

Un gran colegio de segunda enseñanza en Vergara;

Escuelas primarias establecidas hasta en los más pequeños lugares, donde se instruye gratuitamente á los niños sobre la base de la Religión y con arreglo á los mejores métodos de enseñanza;

Tribunales compuestos de magistrados íntegros é instruídos;

Una administración de Aduanas incorruptible y atenta;

Una policía vigilante, pero no molesta;

Campos risueños y cubiertos de sembrados, como antes de la guerra, gracias á las licencias temporales dadas por turno á cada voluntario, y gracias, sobre todo, á estas mujeres enérgicas y viriles, habituadas tradicionalmente á los rudos trabajos de la agricultura. Sabemos muy bien que esto causa el asombro del extranjero, que se imagina que una gran parte de nuestras campañas permanece inculta. Viéndola con sus

propios ojos, se hubiera convencido de la perfecta exactitud de nuestras palabras. En punto á devastación y ruinas, sólo hubieran visto las casas fríamente incendiadas con petróleo en Oyarzun, Irún y Abárzuza por las tropas de Loma y Concha.

Bien que podemos apelar al testimonio de los numerosos y distinguidos extranjeros franceses, ingleses, rusos, austriacos, prusianos, italianos y americanos que han venido á visitarnos. Apelamos, sobre todo, al testimonio de los ingleses, así protestantes como católicos, cuyo espíritu de observación y positivismo no deja espacio ni al optimismo ni á las ilusiones.

Y no debe terminarse este cuadro sin hablar del servicio de hospitales y ambulancias hecho por la Asociación católica *La Caridad*, fundada y dirigida por S. M. la R... Margarita, que podría tomar como uno de sus nombres la misma palabra *Caridad*, que tan bien conquistó en el campo de batalla de Abárzuza. Esta Asociación cuenta con treinta y dos hospitales, de los cuales merecen citarse especialmente Irache y Lesaca.

Tal es lo que S. M. el R. D. Carlos VII podía mostrar con orgullo á los amigos como á los enemigos de la legitimidad, y he aquí precisamente lo que el Gobierno de Madrid ha querido ocultar, faltando á su palabra.

Poco importa ahora que no se haya cumplido el compromiso; poco importa que no haya pasado del dominio de la palabra empeñada al del hecho ejecutado. Lo que importa consignar es que el Gobierno alfonsino, faltando á su palabra, no puede destruir el efecto moral de su compromiso.

En resumen: entiendo que para el comercio europeo y para todas las personas imparciales queda manifiesto:

1.º Que sólo el R. ha sido fiel á sus compromisos, y que hasta ahora ha tomado espontáneamente disposiciones encaminadas á hacer más fácil su ejecución.

2.º Que el Gobierno alfonsino ha quebrantado su palabra, y que sobre él cae toda la responsabilidad de lo que sucede.

3.º Que la Compañía del Norte debiera al menos haber tenido el valor del silencio, y no ser cómplice de la mala fe del Gobierno alfonsino con asertos contrarios á la verdad.

Esto demostrado, los accionistas de la Compañía del ferrocarril del Norte de España podrán pedir severas cuentas á sus administradores por su conducta inhábil y tortuosa, y usted verá, señor Presidente, cuáles son los medios más oportunos que debe adoptar para poner término á semejante estado de cosas, en interés del comercio y de la industria.

Acepte, señor Presidente, la seguridad de mi más distinguida consideración.—El Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda, *El Conde del Pinar*.

Cuartel Real de Tolosa, 27 de Mayo de 1875.



BOCETOS MILITARES

TELEGRAFÍA

LA telegrafía eléctrica es un nuevo elemento de combate, cuya aplicación al arte militar exige detenido estudio por parte de los estratégicos y los tácticos.

El empleo de la telegrafía en la guerra puede decirse que comprende dos partes: su aplicación á una plaza fuerte permanente y su aplicación á un ejército en movimiento.

Por lo que se refiere á la primera parte, lo que se necesita conseguir con la telegrafía es: la rápida transmisión de las órdenes desde un punto central ú otro cualquiera, en el que el comandante de la plaza haya establecido su cuartel general, á ciertos y determinados puntos de la línea permanente de defensa, y la fácil comunicación con las obras avanzadas y puestos destacados. Para conseguir estos resultados se deberían establecer líneas telegráficas permanentes desde el cuartel general á las obras principales, y unir éstas á todos aquellos puntos que se juzgue conveniente por medio de líneas tendidas ó de un sistema especial de señales. Sólo se deben usar las líneas subterráneas ó las tendidas, por lo difícil que es conservar en buen estado de servicio una línea aérea, en la imposibilidad de ponerla á cubierto de la artillería enemiga. Hoy los medios de defensa de una plaza son incompletos si no se cuenta con una red de líneas eléctricas, red que se debería establecer en tiempo de paz ó desde el principio de la guerra, considerándola desde luego como parte integrante de la defensa.

En cuanto á la aplicación de la telegrafía al servicio general de un ejército en campaña, los resultados que se deben obtener son: establecer comunicaciones entre todos los cuerpos del ejército y la base de operaciones, por medio de una línea permanente á la cual vayan á parar todos los ramales construídos sucesivamente por las exigencias de la campaña; esto es muy fácil de conseguir utilizando las líneas civiles ya existentes y completándolas según las necesidades; extender esta línea por medio de otra provisional y á medida que vayan avanzando las tropas; establecer comunicaciones entre el centro de un cuerpo de ejército en posición y los flancos y fuerzas destacadas en servicios especiales, empleando para ello las líneas llamadas militares, lo mismo que para poner en comunicación las avanzadas con los puestos establecidos cerca del cuerpo principal, objeto este último que también se puede conseguir con la telegrafía óptica.

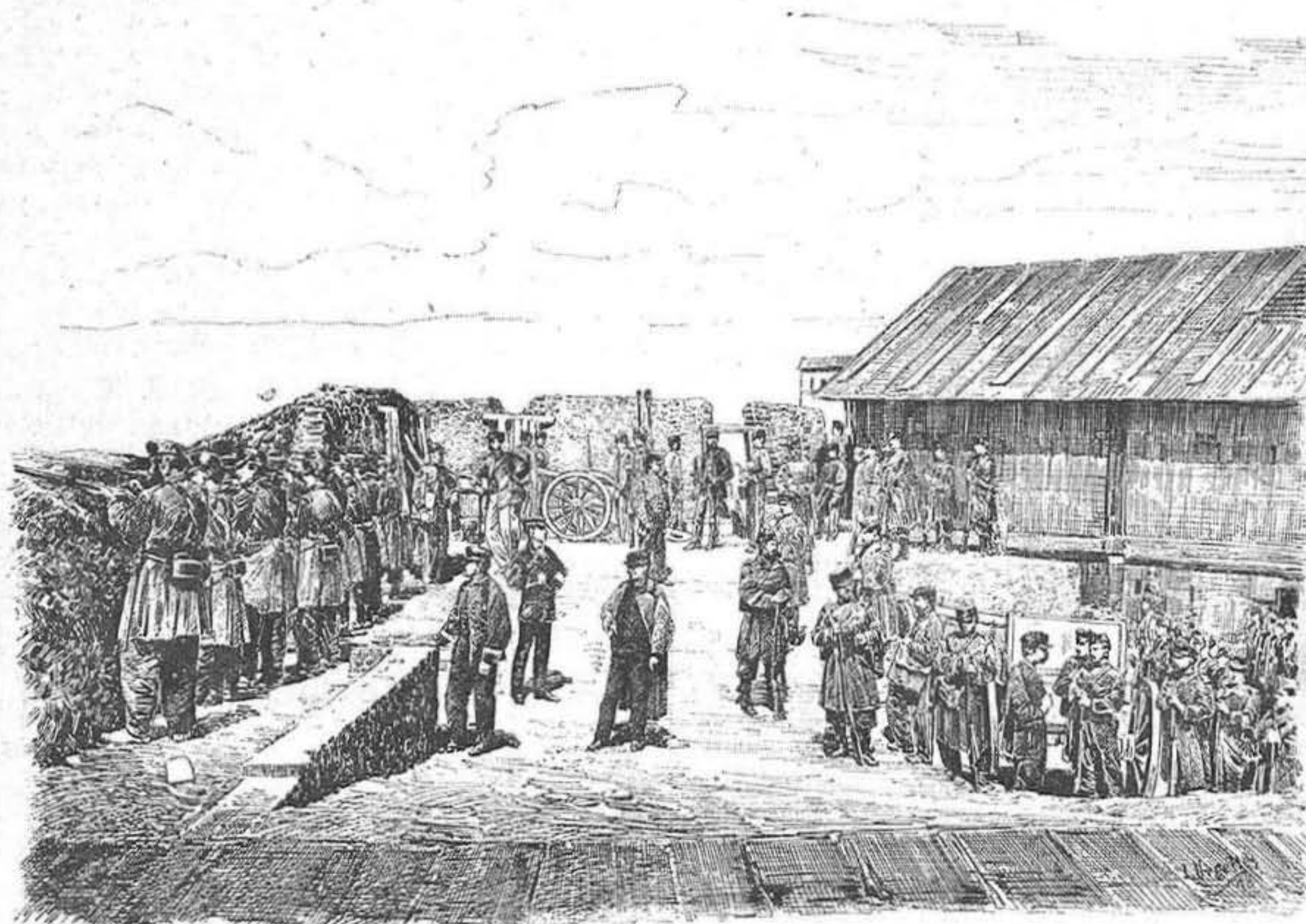
Una fuerza en retirada, en su propio territorio ó en país amigo, podría fácilmente posesionarse del telégrafo y de los caminos de hierro existentes ya, usarlos hasta el último momento y al fin destruirlos para privar al enemigo de las ventajas que su uso pudiera reportarle. Por el contrario, toda tropa que pelea á la ofensiva debe prepararse á encontrar en completa ruina todo cuanto relativo á telégrafos y caminos de hierro encuentre sobre su marcha; por lo tanto, deberá llevar

consigo cuanto pueda necesitar para repararlos ó reconstruirlos á la mayor brevedad y de la mejor manera posible. Ante todo es necesario apoderarse de la rep telegráfica existente para utilizar desde luego lo que quede en buen estado, reparar los trozos que sólo estén destruídos parcialmente y construir los ramales necesarios. Una vez establecida la red telegráfica, se la debe custodiar eficazmente para asegurar la regularidad del servicio; se deberá poner á disposición de los oficiales de Estado Mayor toda estación civil que se halle en el teatro de operaciones ó cerca de él durante

todo el tiempo de la guerra, tomando cuantas precauciones exija la seguridad de los aparatos, de los empleados, etc.

He aquí algunos de los casos en los que la telegrafía eléctrica puede prestar valiosos servicios.

A todo tren que transporte tropas en tiempo de guerra debe preceder á regular distancia una locomotora para explorar la vía y los alrededores, tanto para evitar los desastres que pudiera ocasionar la intercepción de la vía, como para prevenirla de la presencia del enemigo; en dicha locomotora debe ir un telegra-



Interior del fuerte de Mirivilla.

fista provisto de un aparato portátil, una batería, algunas bobinas, unos cuantos ganchos de alambre de cobre, dos alicates (uno plano y otro redondo) y un piquete de hierro para la comunicación con tierra.

De antemano se conviene en las horas de correspondencia, y si no se ha hecho así, y el jefe de las tropas (quien suele ir en la locomotora exploradora para reconocerlo todo por sí mismo) quiera transmitir algo al tren que le sigue, y en el cual deberá ir otro telegrafista con otro aparato, otras bobinas, etc., hará una señal ya convenida, para que tanto la locomotora del tren como la exploradora se detengan. Entonces los telegrafistas cuelgan con un gancho el extremo de uno de los hilos al hilo de la línea que deberá haber á lo largo del camino de hierro; si el hilo que cuelguen los telegrafistas está aislado, se le puede dejar que toque en tierra, y por el extremo que le queda libre, se pone en comunicación con el aparato, poniendo en contac-

to metálico con éste el piquete de comunicación con tierra, en donde se clava, y hecho todo esto, se puede ya empezar la transmisión. En caso de necesidad se reemplaza el gancho con una piedra ó un pedazo de madera, y el piquete con un hilo desnudo, que después de puesto en comunicación con el aparato, se tiende en el suelo, cuidando de que no se apoye en roca ó nieve, por ser imprescindible que toque en tierra.

Concluída la correspondencia, no es necesario perder el tiempo en desenganchar el hilo, sino que bastará cortarlo. El telegrafista nunca se debe bajar de la locomotora, como no sea por orden expresa del jefe superior; si éste juzga conveniente reconocer á pie el terreno, el telegrafista toma su aparato, encarga á un soldado la batería, el piquete, una bobina y dos ó tres ganchos, y ambos se van detrás del jefe para poder transmitir cuanto desee.

Si la estación próxima á vanguardia está en poder

del enemigo, es indispensable, antes de transmitir, cortar el hilo de la línea permanente; porque si la línea queda intacta, la corriente se divide y el enemigo podría leer en sus aparatos lo que se comuniqué á las tropas propias que vengan detrás; en este caso, una vez terminada la correspondencia, si se quiere seguir adelante, se unen los dos extremos del hilo cortado con otro aislado, á fin de que no se interrumpa la corriente al transmitir de nuevo.

(Concluirá.)

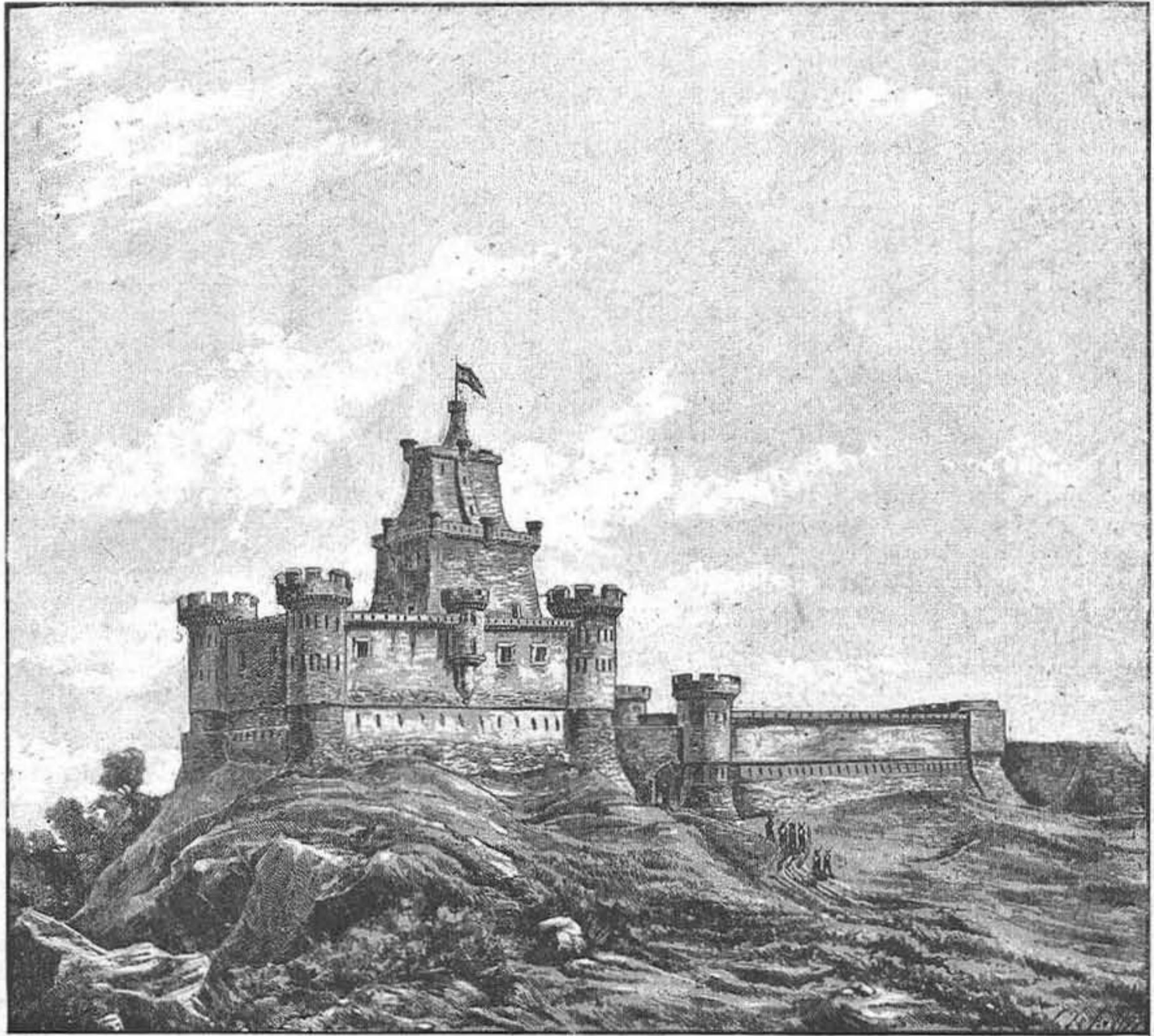
REYNALDO BREA.

NUESTROS GRABADOS

Conducción de un herido.

(Gran lámina suelta.)

Uno de nuestros primeros pintores, Llovera, á quien encargamos un cuadro al óleo de regulares dimensiones para ser reproducido en EL ESTANDARTE REAL, ha sabido interpretar á la perfección nuestros deseos, trasladando al lienzo uno de tantos episodios como suelen ocurrir sobre el campo de batalla.



Castillo de Guevara en 1839.

Don Carlos, Don Jaime y Doña Elvira.

(Pág. 97.)

Este bellissimo grupo es copia de una fotografia muy reciente del afamado fotógrafo de Viena, Adèle.

Don Ignacio Wils.

(Pág. 100.)

Recuerda este nombre el del heroico oficial carlista que en la entrada de Igualada lanzó la bandera del batallón de Zuavos á la trinchera enemiga, pronunciando la hermosa frase: «Donde va la bandera, van los zuavos.» Y en efecto, éstos rescataron la preciosa enseña del batallón.

He aquí, en resumen, la descripción de aquel brillantísimo hecho de guerra, ocurrido en Julio del año 1874.

Igualada, importante población de la provincia de Barcelona, rica é industriosa, era enemiga acérrima de la causa carlista. Casi todos sus habitantes estaban armados y dispuestos á resistir hasta el último trance, y además contaban para su defensa con un batallón del regimiento infantería de Navarra y una porción de soldados de diversos cuerpos. La población estaba además fortificada por todas partes: exteriormente, con una tapia aspillerada, y por el interior con más de cien barricadas que obstruían las calles y dificultaban el acceso. No había más remedio que tomar todo aquello á viva fuerza y á pecho descubierto. Los carlistas se acercaron á ella, y á las

ocho de la mañana del 18 de Julio rompieron el fuego. Sabían que la parte más débil de la fortificación era la que miraba al lado de Calaf, y por allí atacaron. La resistencia fué obstinada: pasóse todo el día combatiendo, hasta que á la noche parte del 1.º de Gerona saltó las tapias del hospital, é introduciéndose en la población, logró dividir en dos partes á sus defensores. De éstos, los que se ven aislados combaten con la fuerza de la desesperación hasta que caen muertos ó son hechos prisioneros, y los que quedan reunidos concentran sus fuerzas en el segundo recinto y empiezan á defender las calles, las casas y las barricadas. Los carlistas protegen la entrada, por la parte de Barcelona, de los zuavos y otras fuerzas que por allí sitiaban el pueblo, y ya dentro todos, atacan á la bayoneta á los enemigos. Toda la noche y gran parte del día 19 se pasa en esta tremenda lucha: los republicanos no abandonan las casas y barricadas sin defenderlas una á una y regarlas todas con sangre propia y de carlistas; pero éstos, haciendo prodigios de valor, las van tomando todas sin desanimarse por las terribles pérdidas que sufren. Por fin, después de treinta y seis horas continuas de combate, logran encerrar en el cuartel y en la iglesia á los restos de la guarnición, y cuando ya iban á rendirlos saben que viene por el camino de Barcelona la columna del Xich de las Barraquetas, fuerte de 1.500 hombres, para socorrer á los sitiados. Los carlistas daban ya por perdidos sus esfuerzos: hacen retirar su artillería y abandonar algunas de las posiciones que ocupaban, no considerándose al pronto con fuerzas para contener á la vez á la columna y á los sitiados; pero ante la idea de perder lo que tanto trabajo les costaba ganar, se deciden á jugar el todo por el todo y siguen sitiando á la guarnición y envían para contener á la columna de socorro seis compañías del 1.º de Gerona, con la caballería, que no era necesaria en la población. Encuentran éstas á la columna en el cercano punto de Vilanoveta, y la cargan con tal decisión, que la desbandan y dispersan, de modo que parte emprende la fuga á Barcelona, parte es pasada á cuchillo y el resto, que se había refugiado en las casas, se rinde. Los de Igualada, esperando el socorro, seguían defendiéndose con tesón; pero en lugar de éste llegan los carlistas victoriosos, y entonces ya al anochecer del 19 capitulan.

Los Infantes hicieron su entrada solemne en Igualada y pasaron allí la noche en señal de triunfo. La lucha había sido reñidísima, la más terrible de Cataluña: 800 hombres perdieron los republicanos; más de 300 los carlistas, pues el primer batallón de Gerona tuvo 100 bajas, y los zuavos y demás fuerzas perdieron también mucha gente. Los rasgos de valor fueron innumerables; pero distinguióse mucho por su temerario arrojó el coronel D. Martín Miret, que mandaba las tropas de Barcelona. También se distinguió el batallón de Zuavos, creado á imitación de los pontificios por el Infante, y en el que había algunos oficiales extranjeros que habían servido con S. A. R. en Roma. Uno de ellos, el holandés Wils, mandaba el batallón. En los momentos en que trataba de tomar una barricada que defendían tenazmente los republicanos, Wils manda, para animar á los zuavos, desplegar la bandera del batallón, que ostentaba el Sagrado Corazón de Jesús, y marchar con ella al asalto. El abanderado es muerto por una descarga que le hace el enemigo; Wils recoge entonces la bandera teñida en sangre, la enseña á sus soldados, se dirige con ella en la mano al enemigo, pero cae también atravesado. Antes de morir arroja la bandera á la barricada donde estaban los republicanos; y los zuavos, para que éstos no la cojan, saltan el obstáculo que se les oponía, toman la barricada, recuperan la bandera y vengán así la muerte de su jefe.

Todo el combate de Igualada está lleno de episodios de esta naturaleza, que sería prolijo enumerar; pero que prueban, tanto la heroica defensa de los republicanos, como el más heroico

valor que desplegaron los carlistas para apoderarse á pecho descubierto de ellos y de sus fuertes.

El dibujo del presente número, que representa al Comandante Wils, es debido al ya notable artista D. Andrés Talarn.

Al heroico Wils se le hicieron en el entierro, los honores de Coronel.

Don José María de Orbe.

(Pág. 101.)

Don José María de Orbe y Gaitán de Ayala, Mariaca y Areizaga, nació en la villa de Vergara (Guipúzcoa) el día 9 de Diciembre de 1848, siendo su padre el Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina, ilustre vascongado, noble patricio, cristiano caballero y heroico defensor de las libertades patrias, vinculadas exclusivamente en la monarquía tradicional española, y su madre la Excmo. Sra. D.^a Casilda Gaitán de Ayala y Areizaga (Q. L. G. H.), querida y respetada en vida, tanto por la nobleza de su cuna, cuanto por las brillantes cualidades que la distinguían, mereciendo citarse en primer término su extraordinaria piedad y su acendrado amor á la causa de la Religión y de Don Carlos.

A la edad competente, y con la mira particular de que sus estudios científicos se apoyasen en principios tan fijos y verdaderos como sólidos en religión, fué ingresado en el colegio de Tivoli (Burdeos), cual dirección corre á cargo de los PP. de la Compañía de Jesús.

Allí continuó sus estudios, hasta que asuntos de familia le obligaron á trasladar la matrícula á Pamplona, en donde continuó sus estudios de segunda enseñanza hasta alcanzar el grado de Bachiller.

Después de la revolución de Septiembre del año 1868, vióse obligado á emigrar á Francia en compañía de su padre, y fuéronle encomendados durante la emigración delicados é interesantes asuntos, que cumplió á suma satisfacción de todos.

Como primogénito que era de título de Castilla, fué comprendido en la gracia general que se otorgó á favor de los mismos, y como tal disfrutaba del empleo de teniente de caballería. Con este grado se puso inmediatamente á las órdenes del entonces segundo Comandante general de las Provincias Vascongadas, el Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina, su padre, y á su lado pasó la frontera el año 70, continuando en su compañía hasta que la malhada traición de Escoda les obligó á refugiarse en Francia. Allí fué aprehendido é internado por la gendarmería francesa.

Llegó la época del 72, y no vaciló un momento en formar parte de aquellos nueve valientes que al mando del Marqués de Valde-Espina se sostuvieron en los montes de Lesaca hasta la catástrofe de Oroquieta.

El 14 de Mayo del 72 recibió el bautismo de fuego en Mañarria; el 16 se batió en Oñate, en la cual su caballo salió con dos heridas.

Con motivo del Convenio de Amorevieta, vióse nuevamente obligado con su General á refugiarse en la vecina República.

En el mismo año entró de nuevo en España bajo las inmediatas órdenes del General jefe de Estado Mayor general del Norte, y con él tomó parte en las acciones de Marquina-Echebarría el 3 de Marzo; el 4 y el 5 en las de Guernica y Sollube; el 14 de Abril en la de Oñate; el día 16 en la de Azcárate; el 2 de Mayo en la de San Vicente y Peñacerrada; el 5 en la de Eraúl, en la cual fué herido su jefe, que acompañó en Francia hasta su restablecimiento.

Tan pronto como se vió éste en disposición de continuar la campaña, se encargó de una columna que debía operar en el Baztán y valles inmediatos, y asistió en dichos lugares á la prisión de Santa Cruz y rendición de sus fuerzas.

El 16 de Julio recibió á S. M. el R. en la frontera de Zurgaramundi, y el mismo día fué nombrado Ayudante de órdenes de S. M. Con este carácter concurrió el 25 de Julio al ataque de Ibero, el 14 de Agosto á la rendición de Las Campanas, el 18 y 19 al cerco de Estella, el 22 á la acción de Allo, el 25 á la de Dicastillo, el 30 y 31 al ataque y toma de Viana, el 7, 8 y 9 de Noviembre á los de Montejurra. Durante el sitio de Bilbao tomó parte en los ataques de los días 25, 26 y 27 de Marzo de 1874, celebrados en la línea de Somorrostro.

A fines de Marzo recibió de S. M. el honroso encargo de ir á buscar á S. M. la R. á Pau, y efectuó el viaje con toda felicidad, salvando la frontera por Dacharinea el 1.º de Julio. Por el mes de Noviembre asistió al sitio de Irún y al de Guetaria; el 3 de Febrero del 75 á la batalla de Lácar, y por último, á la terminación de la guerra acompañó á S. M. en Francia y no le abandonó hasta Londres.

Cuando el R. se propuso hacer el viaje á Méjico, quiso que le acompañase nuestro biografiado; pero los compromisos de boda concertados con la hija del Sr. Conde de Faura, le movieron á pedir permiso á S. M., y en efecto le otorgó benévolo su permiso y beneplácito.

Por los méritos contraídos en los combates citados, posee el empleo de Teniente coronel y ornan su pecho la Gran Cruz de Carlos III, la del Mérito Militar roja, la Medalla de plata de Carlos VII y las de Montejurra y Somorrostro.

Trincheras en el Monte Esquinza.

(Pág. 104.)

Á la intemperie los soldados liberales que las guarnecían, defendiéndose con sus cañones del fuego que les hacían los carlistas, vigilantes siempre para evitar una sorpresa, pasaron no pocas penalidades en las elevadas cumbres del Monte-Esquinza, que llegó á ocupar en su defensa de 3 á 4.000 hombres de infantería y artillería.

Cañón Whitworth.

(Pág. 105.)

Gran número de las piezas que componían la artillería carlista en el Norte eran del sistema inglés Whitworth, inventado por el constructor así llamado á principios de 1860, antes, por consiguiente, de que se conociesen las mejoras y adelantos de los sistemas Krupp y Plasencia. La sección del ánima de este cañón figura un exágono, cuyo desarrollo longitudinal es hueco y espiral. Se carga por la recámara, es de sencilla construcción y se maneja muy fácilmente. Toda la pieza es rayada; la culata se cierra con un ajuste sólido que lleva un tornillo interior al cual se da movimiento con el torniquete que se ve en la figura. La forma de los proyectiles que se lanzan con este cañón varían según los efectos que se desean producir. Cuando, como en Santa Bárbara, sobre Puente la Reina, se quieren lanzar á muy larga distancia, tienen la forma de un cilindro apuntado por dos conos chatos, por cuya figura los soldados del ejército liberal les dieron el nombre de *pepinos*.

Las figuras del dibujo señalan el proyectil.

Número 1, tapón contra el cual choca la pieza núm. 3, produciendo la explosión; dicha pieza núm. 3 lleva en su extremo superior un misto, y va rellena de pólvora; se coloca en el número 2, introduciéndola por la parte superior, hasta que asomen por el lado opuesto las orejas núm. 4, las cuales se rompen en el momento del choque. Después del disparo, el cartucho queda dentro del cañón, y se saca al abrir el disco de ajuste.

Una pieza de á 12 se carga con 850 gramos de pólvora, y

el proyectil puede recorrer un trayecto de siete á ocho kilómetros. La detonación no es fuerte; un hombre basta para el manejo de una pieza, y no hay que hacer uso del escobillón.

Interior del fuerte de Mirivilla.

(Pág. 108.)

Ofrecemos en el presente número una nueva perspectiva de este fuerte, que tan notable papel jugó en el último sitio de Bilbao.

Castillo de Guevara.

(Pág. 109.)

De este elegante fuerte, que en la guerra de los siete años alcanzó merecido renombre, no que an hoy más que ruinas.

He aquí los más notables hechos de armas que dieron celebridad á este castillo:

Crítica era la situación del ejército liberal en Octubre de 1835.

Córdoba temía un desastre, aunque confiaba en su valor y en su pericia. No fiándose de sí en tan apuradas circunstancias, oyó el parecer de otros y se decidió á obrar; porque el joven caudillo no adolecía de inacción cuando había peligros que arrostrar, gloria que conseguir. Jefes y soldados estaban animados todos de los mismos sentimientos, y no esperaban, sino que deseaban el combate.

Eguía participaba del mismo entusiasmo que su valiente enemigo; los años no le pesaban, y todos sus jefes y su tropa creían seguro el triunfo que empezaron á obtener el día anterior. Estaban satisfechos de su proceder, y no trataban de desmentir la confianza que aun en sí mismos tenían ellos. Habían ganado en respeto y en fuerza moral, y estaban seguros de su conservación.

Los carlistas ocupaban orgullosos las mismas posiciones que formaban las cordilleras y castillo de Guevara, apoyando en éste su centro y desplegando sus alas á los pueblos de derecha é izquierda. La reserva ocupaba el llano de Barandía, á la defensa del Zadorra, extendiéndose algunas fuerzas que, al avistar á las liberales en una altura paralela, se replegaron, quedando en actitud imponente.

Tanto lo era, que Córdoba no se atrevió á batirlos, y se cuidó sólo de emprender su movimiento de retirada. En vano le retaba Eguía, en vano provocaban los carlistas al combate. El jefe liberal y el que lo era de la plana mayor, Oráa, no pensaron más que en guarecerse en Vitoria, considerando á los carlistas más como un obstáculo que era preciso rechazar que como un enemigo á quien era necesario batir.

Eguía, que sabía la intrepidez de los liberales, esperaba el combate; mas cuando vió pronunciada la retirada, envió á su gente sin tardanza á estorbar una marcha que le quitaba una victoria.

Córdoba se preparó á hacer frente, y una batería de montaña y las guerrillas contuvieron algún tanto á los carlistas. Protegía la marcha la primera brigada, que se mantuvo en posición delante del enemigo hasta que las demás tropas se situasen en las eminencias de Argomaniz con una batería volante, tomando también las alturas del otro lado del camino, á fin de amparar á su vez el movimiento de la primera brigada y de la retaguardia. Esta operación, en efecto, era de las más difíciles de la guerra, y convenimos en que se necesita valor, serenidad y una disciplina severa en todos los soldados, pericia y constante denuedo en los jefes, y una precisión admirable en todos los movimientos, para sostener un ejército la retirada presentando su retaguardia y flancos al enemigo, superior en número, y sobre un terreno agrio y quebrado como

el que por todas partes les rodeaba. Creemos nosotros más, y es: que si el ejército liberal hubiera sufrido un desastre en aquellas montañas, las derrotadas huestes hubieran emprendido su fuga á Vitoria, y entonces, al descender á la llanura en que tenían que entrar, con el desaliento de una derrota, hubieran sido acuchilladas por la caballería carlista, hasta que logran ponerse al abrigo del cañón de la capital.

Sin duda hubo de pesar Córdoba estas razones, cuando no se atrevió á dar la batalla, y cuando, apelando al único recurso que le quedaba, se hallaba aún en tanto peligro, porque la contingencia más pequeña podía desbaratarlo todo y causar un desastre.

La retirada se emprendió con acierto, y con no menor procuraron Villarreal é Iturralde romper la retaguardia, lanzándose contra ella impetuosamente, y volviendo y revolviendo con celeridad sobre uno y otro flanco para penetrar en ellos y deshacerlos; pero fueron inútiles todas sus tentativas, todos sus amagos simultáneos, toda su intrepidez. La tropa, aumentando su entusiasmo con el son de los marciales instrumentos, se batía y marchaba formada con el mayor orden. Precedían las guerrillas y apoyaba las reservas que mandaba Oráa con valor y con su conocida inteligencia.

Por todas partes había encuentros, se sostenían acciones, y la inminencia del peligro parecía aumentar el ánimo del soldado, que cantaba al compás de las músicas y del estampido del cañón.

Los carlistas veían se les escapaba su presa, y eran inútiles sus esfuerzos; pero aun tenían una esperanza; su caballería era poderosa, y descendió al llano á decidir la jornada; pero es cargada valerosamente, y se ampara á la infantería. El ejército liberal se contó ya seguro; los disparos de sus enemigos eran ya lentos y lejanos, y la retirada se efectuó.

Córdoba pudo envanecerse; fué una retirada, es cierto, pero gloriosa. La de Jenofonte fué un triunfo. El 28 de octubre pudo haber fenecido el ejército de operaciones del Norte, y su pérdida hubiera envuelto la de las demás divisiones, la de toda la provincia de Álava, inclusa su capital, y puesto al Gobierno en la más crítica situación.

La pérdida de ambos ejércitos en los dos días se ha calculado en doscientos muertos y ochocientos heridos, perdiendo además nuestras fuerzas unos cien hombres entre prisioneros y presentados.

Eguía pudo decir, como así lo participó desde Ozaeta á Don Carlos, que batió al enemigo obligándole á emprender la retirada y persiguiéndole hasta que se puso al abrigo del cañón de Vitoria.

La operación no merecía tanta fatiga y tantas pérdidas. Ocupó Córdoba las posiciones de los carlistas, pero fué momentáneamente; entró en Salvatierra, pero fué para desocuparle á las pocas horas y tener que retirarse, declarando que no se atrevió á batir á los carlistas. Para proteger el regreso de Espartero y la legión inglesa, pudo haber entretenido á Eguía sin aventurar acción, sin el temerario empeño de ganar á la bayoneta unas posiciones insostenibles á la sazón, sin la poco juiciosa vanidad de pasearse en un villorrio que era á la vez testigo de su entrada y de su retirada.

¿Qué podía ostentar Córdoba en Vitoria? El prestigio que tuvo que compartir con Oráa de una retirada inteligente y feliz; pero á costa de seiscientos hombres de menos en las filas, y de tenerse que retirar, ya que no se diga huir, de la vista de los carlistas. Estos son los laureles que conquistó Córdoba en los días 27 y 28 de Octubre.

Córdoba podía y debía estar, en efecto, satisfecho y admirado, como lo declaraba de la conducta del ejército; pero éste no debía estarlo mucho del cariño que les tenía su jefe cuando tan inútilmente le sacrificaba. En las treinta y seis horas que es-

tuvieron ausentes de Vitoria, tuvieron quince de combate y veintisiete de continua fatiga, y ¿para qué? para jactarse de que «el inespugnable castillo de Guevara se humilló á las invencibles bayonetas, y de haber marchado cuatro leguas con todo el ejército enemigo á los flancos y retaguardia sin que lograrse forzar una sola de las guerrillas ni hacer un solo prisionero.....» ¿Qué queda de esta gloria, como ya hemos dicho, cuando el castillo tuvo que ser abandonado como las demás posiciones, y que ese ejército que no logró forzar una sola guerrilla ni hacer un solo prisionero estuvo provocándole á un combate que no aceptó?

Después de la acción del 27 de Octubre de 1835 al frente del castillo de Guevara, subió Córdoba á sus alturas con su Estado Mayor, y no creyó hacer de él un punto fortificado á pesar de su proximidad á Vitoria, de dominar el camino de esta ciudad á la de Pamplona por Salvatierra, de defender la entrada en el valle de la Borunda y de su excelente posición topográfica.

Con mayor previsión D. Bruno Villarreal, estando acantonado el 13 de Diciembre del mismo año en Guevara, Ozaeta y Etura, al subir al derruido castillo para observar á las tropas liberales, comprendió lo útil de su fortificación, y los únicos seis duros que llevaba en el bolsillo los invirtió en aguardiente que repartió entre un batallón, y cada soldado subió con su fusil y una piedra al hombro. El ejército liberal estaba en tanto en Vitoria y sus inmediaciones. Villarreal mandó en seguida á los demás batallones; escogió canteros, albañiles y demás obreros necesarios; trabajaron todos con entusiasta actividad, y á los tres días estaba ya en disposición de defenderse de un golpe de mano. Nombró de gobernador á D. Miguel Angulo, y le dejó una compañía para su defensa.

Para aumentarla y hacer sólidas las fortificaciones, ofició Villarreal á los alcaldes de los pueblos para que enviaran materiales; mandó construir herramientas, y con la misma tropa emprendió las obras fuertes. Al notar lo los liberales, practicaron un reconocimiento hasta frente al castillo, sin otro resultado que un fuego de guerrillas.

Aprovisionado el nuevo castillo con víveres y municiones, le artilló Villarreal con catorce piezas. Córdoba hizo entonces preparativos para apoderarse de él, y al ver las dificultades, los suspendió. Las obras de defensa seguían aumentándose, y se hizo además un cuartel, talleres de cajas de guerra, de cornetas y de cajas de fusiles. Se llevó allí el archivo de campaña, y el castillo de Guevara adquirió una importancia merecida; por su posición, hasta servía de defensa al mismo Oñate.

Por fin, el 25 de Septiembre de 1839 capituló el castillo con catorce piezas, que dispararon en dieciocho días de sitio setecientos doce cañonazos.

HERMOSAS TAPAS

en percalina y dorados para encuadernar el primer tomo de esta Ilustración: 3 pesetas. Incluyendo la encuadernación: 5 pesetas.

La colección encuadernada: 18 pesetas. Con corte dorado: 21 pesetas.

Las mismas tapas, dispuestas para guardar el número corriente de EL ESTANDARTE REAL, ó sea con cantoneras de metal y botones dorados: 5 pesetas.

Los portes van por separado.

Dirigir los pedidos á esta Administración ó á los señores Corresponsales de la misma.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró, Paseo S. Juan, 168.



VENECIA. — UN PASEO EN GÓNDOLA. FOTOGRAFÍA DE PAOLO SALVIATI. — DIBUJO DE J. VEHL.

